

PQ 6512

.C2

T7

LIBRERIA DE FORTANET

Es propiedad del Editor.

LIBRERIA DE FORTANET

SANTIAGUILLO EL POSADERO.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

860.
C.

PQ 6512

.c2

t7

CAPÍTULO I.

UN SOÑOLIENTO Y UN DESESPERADO.

Por una encrucijada de Alemania levantábase allá en la mitad primera del siglo xvi, humilde hostelería, dirigida por un posadero, en toda la comarca denominado con cariñoso diminutivo que parecía ridículo apodo, y era una señal del aprecio público empeñado en guardarle á mozo de mucha trastienda y de florida edad el dictado con que le conociera de niño y de inocente. Llamábase, pues, el héroe de nuestra historia Santiaguillo. Tempestuosa noche de invierno había cerrado en agua, y Santiaguillo se aparejaba perezosamente á recogerse y acostarse, bendiciendo su buena estrella, la cual no le mandaba en aquel cuarto de hora ningún huésped, con lo que podía darse al descanso, cuando interrumpieron

sus bostezos y esperazamientos de sueño fuertes aldabonazos á la puerta de su posada.

— ¡Válgame Dios! exclamó. Sería la primer noche de mi vida en que pudiera dormir á pierna suelta y acostarme á mi gusto. Hagámonos los sordos á ver si pasan los malditos viandantes y me dejan por algunas horas en paz. ¡Oficio maldito!

Los cuatro golpes redoblaron, y Santiaguillo echó la cuenta de que le daba lo mismo acostarse ó no, si habia de dormir al estruendo infernal de tamaña barahunda, pues los aldabazos derribaban la puerta y hacían estremecerse á todo el edificio.

— ¿Quién va? — preguntó Santiaguillo.

— Gente de paz, — gritó una voz entera.

— De guerra, dirías mejor, — contestó el posadero enojado.

— Abre.

— ¿Quién guía por estos andurriales á tal hora tus pasos?

— El demonio.

— Dios me libre de él, — dijo Santiaguillo con horror.

— ¿Me conoces?

— Vaya si te conozco. Por eso estuve á

punto de cerrarte las orejas como estaban cerradas las puertas.

— Siempre tienes gana de broma y jolgorio. ¡Abre, por Satanás!

— Pues pídemelo por Dios que no quiero malas compañías en mi vivienda, las cuales traigan malas venturas en mi vida.

— ¡Abre por Dios, si me conoces!

— Vaya si te conozco.

— ¿Quién soy?

— Melchor.

— Verdad. Pues, conociéndome, ¿por qué tardas?

— Porque no estoy para músicas.

— Aunque músico, créelo, traigo más des-conciertos que conciertos. ¡Abre!

Santiaguillo abrió, y entró un joven, poco más ó menos de su edad calado hasta los huesos.

— ¿Qué te trae por aquí?

— El ansia de verte.

— ¿Y no lo podías haber dejado para otra hora menos incómoda?

— No, pues necesito de las sombras.

— ¡Diantre!

— Y no por criminal, por enemigo de los criminales.

— Explicate, Melchor.

—¿Hay gente?

—Llegas en noche de soledad completa.

—Vamos á tu cuarto, que aquí podría oírnos la ronda.

—Vamos donde quieras.

—Oyeme con atención.

—Si me dejaras dormir un rato, después de concluído el primer sueño, te oíría con el silencio y atención de un confesor.

—No puedo, no, darte tal espera, porque antes de amanecer, he de tornar al castillo que Dios confunda y el fuego celeste abrase.

—¿No traes pocas maldiciones en tus labios?

—Traigo más odios en mi pecho.

—Después de haber dado música grata en el castillo á tu señor el conde, me das á mí la ingrata música de tu malhumor endiablado.

—Si reventara el conde y ardiera el castillo...

—Bien podías haber dejado el malhumor allí, y haberte traído aquí la cítara.

—Mira, — le dijo Melchor desdoblado las mangas de su ropilla y mostrándole una horrible llaga recién abierta.

—¡Cáspita!

—¿Comprendes?

—Comprendo que no debes andar á gusto con semejante ampolla.

—Pues acababa de cenar el conde y me llamó para que cantara los gozos de Santa Tecla en mi cítara.

—¿Y los cantaste?

—Parecióme acto de idolatría tal cantar, é indeliberadamente, por ciego impulso, canté, no lo vas á creer, el Coral de Lu-tero.

—¡Grande temeridad!

—Acababan de sonar las primeras cadencias cuando se levantó como si le hubiera picado una víbora.

—Naturalmente. ¡Irse á un perro tal, con semejante hueso!

—Y mandó que me extrajeran los ojos y me quemaran la lengua.

—No podías esperar menos. Pero veo que tus ojos brillan, oigo que la lengua habla, y huélgome de que te hayas salvado.

—La condesa estaba, por fortuna mía presente, y á la condesa y á sus súplicas debo que trastrocara tal pena horrorosa en una marca sobre mi brazo derecho, por haber tañido la cítara y en sus cuerdas recordado el salmo de nuestra redención.

—Pues bien puedes darte por contento y estar de tu audacia incomprensible arrepentido.

—¡Por contento! ¿Crees que soy algún perro de su jauría?

—Poco menos.

—¿Crees que puedo con tal afrenta en el alma y tal marca en el hombro dormir tranquilo hasta que haya procurado un desquite y héchole sentir todo el peso de mi horrible venganza?

—Serénate, Melchor.

—No me prediques resignación; porque te aborreceré como le aborrezco á él, y abominaré de tu persona como abomino de sus actos.

—Mira, mi buen amigo, te daré una copa de nuestro buen vino del Nekar, para que apagues la sed y cobres las debidas fuerzas.

—No, dame otra cosa, tu palabra de seguirme.

—¿De seguirte, Andrés?

—De seguirme, Santiaguillo.

—¿Adónde?

—A la guerra.

—¡Dios me libre!

—¿Cómo? ¡Tú tan valiente!

—Yo tan valiente.

—¿Tú, el más popular entre los jóvenes comarcanos?

—Yo, el más popular.

—¿Para quién es todo cuanto los pasajeros te dan?

—Para el conde.

—¿Para quién trabajas?

—Para el conde.

—¿Para quién trabajaron tus padres?

—Para los padres del conde.

—¿Para quien trabajarán tus hijos cuando los tengas?

—Para los hijos del conde.

—¿Y te parece pasadera una vida de ese género?

—¿Y no crees inútil cuanto hagamos para remediarla?

—Santiaguillo, no me hables así.

—Andrés, así no me tientes.

—Ya sabes que siervos menos oprimidos, se han levantado en armas.

—Caerán bajo el peso de la fatalidad.

—Pero caerán resignados,—dijo Melchor con vehemencia.

—Tanto me da,—respondió Santiaguillo con frialdad.

—De modo que tú puedes ver sereno

cómo todos nosotros pertenecemos á los soberbios señores, cual pueden pertenecerlos sus armas ó sus ganados?

—¿Y cómo quieres que lo remedie?

—Con tu brazo y con tu voluntad.

—Mi brazo no alcanzará, no, hasta las cimas de los castillos; y mi voluntad habrá de estrellarse tristemente contra la omnipotencia señorial.

—¡Santiagoullo!

—Andrés.

—Nuestros hermanos están en armas por toda Alemania.

—No les arriendo la ganancia.

—Los castillos arden.

—Al freir será el reir.

—¡Te resignas á nuestra deshonra y nuestra esclavitud?

—El Señor dijo que siempre habría en el mundo pobres y ricos.

—Justo. Pero el Señor vino para que no hubiera esclavos ni señores.

—Verdad.

—Y nosotros somos esclavos, de cuya esclavitud nos desquitaremos en otro mundo mejor.

—Si tan largo me lo fias.

—Esa palabra es una blasfemia.

Esa resignación tuya es un crimen.

—No estoy para fiestas.

—Santiagoullo, el más audaz de nuestros convecinos, ¡ah! no le conozco.

—¿Qué quieres!

—El más pendenciero de todos los plebeyos estar así.

—Pues ahí verás.

—Quien todas las armas esgrime, no debe recatarlas, sino requerirlas.

—Fieras domestica amor.

—¿Qué me cuentas?

—Estoy enamorado.

—¿De veras?

—Enamorado hasta la punta de los pelos y de las uñas.

—¡Santiagoullo!

—Una muchacha, muy hermosa por cierto, ha rendido mi voluntad á su albedrío y no puedo moverme.

—¡Santiagoullo!

—Así, quien tanto desea como yo amar no le queda tiempo alguno para combatir y aborrecer.

—Ahora comprendo menos tu indiferencia y tu pereza.

—¿Menos?

—Pues ya se ve.

—A quien está en el hechizo de tantos amores, ¿quieres llevarlo á guerras, sitios, asaltos y asolamientos?

—¿Desearás esa mujer para compañera de tu vida?

—Justamente.

—¿No será ese un amor fugaz?

—No, es el amor de mi alma y el alma de mi vida.

—¿Querrás traerla virgen á tu lecho, después que la religión y la ley te hayan bendecido y hayan sancionado tu elección?

—Justamente.

—Pues entonces mayor motivo para inmediatamente irte á la guerra y alzarte como por un resorte movido en armas.

—Déjame de tales caballerías.

—¡Santiaguillo! No te conozco, viéndote así, tan por extremo indiferente.

—Ni yo á tí, Andrés, viéndote así, tan por extremo predicador.

—¡Oh!

—Vete, músico del diablo, con tu música infernal á otra parte.

—No estás enamorado.

—¿Cómo no?

—Si lo estuvieras, me oirías con atención y te lanzarías á la guerra con denuedo.

—¿Por qué?

—Por que no hay amor sin celos.

—Verdaderamente.

—Y como no hay amor sin celos, temerías que tu preferida cayese alguna vez en ajenos brazos.

—Eso no,—dijo Santiaguillo con exaltada cólera.

—¿No?—preguntó Melchor con sorna.

—No,—repitió Santiago con ira.

—¿Y qué seguridades puedes tener de que no suceda, cuando los malos usos y costumbres autorizan al señor...

—Calla.

—A...

—No sigas.

—Y...

—Calla, ó ahora mismo te arranco la lengua...

—A mí, que te recuerdo la suerte reservada hoy por el régimen feudal á tu mujer, y reservada también mañana por ese régimen bárbaro á tus hijas?

—Calla. ¡Verla yo en ajenos brazos! ¡Oh! Quemaría el castillo donde tal afrenta me sucediera, y arrancaría su hígado y su corazón al infame para comérmelos.

—¿Es hermosa tu amada?

— Hermosa y sin mancha.

— Pues ya sabes cuán cruel ha de ser su destino. De día tendrá que ir á coger la fresa del monte para su amo, y de noche, ¡oh! en vez de dormir bajo tu techo, velará en la orilla del estanque para acallar las ranas á fin de que duerma tranquilo tu señor.

Santiagoullo suspiró fuertemente.

— Y si le gusta...

— No prosigas, porque pierdo la cabeza y se me va la luz de los ojos.

— ¿Pues qué tan lejos del mundo vives y no sabes cuánto en él sucede?

— Lo sé.

— ¿No sabes cuán bárbaras son las leyes?

— Lo sé.

— ¿No sabes cuán horribles las instituciones?

— Lo sé.

— ¿No sabes cuán perversas las costumbres?

— Lo sé.

— Y sabiéndolo, ¿dudas en dar la vida por los derechos de tus hermanos, aunque no sea por tus propios derechos, y en dar la vida por la castidad y por el honor de tu novia desconocidos y amenazados?

— Déjame, ahora que siento el amor, déjame por Dios, Melchor, amar.

— Pero ¿qué amor es ese cuando no puedes tener la certeza y la seguridad de gozarlo en paz y en posesión verdadera?

— ¡Andrés, no me hables así, que me incitas á la guerra y me apartas de la felicidad!

— Los que leímos un día el Evangelio, no podemos resignarnos á la servidumbre.

— Ciertamente.

— Allí en sus páginas reveladas por Dios, está la carta de nuestra libertad.

— Como que reserva todas sus promesas para los oprimidos y todos sus rayos para los opresores.

— Pues creyendo como crees eso, levántate y cumple la palabra evangélica, trabajando por el honor de la mujer á quien amas.

— Déjame, Andrés, en paz.

— Cristo reveló la verdad. Lutero vino á decirnos el sentido moral de la verdad cristiana, y Muntzer el sentido social.

— ¿Tú crees á Muntzer un profeta?

— Lo creo firmemente.

— ¿No lo crees un ambicioso?

— No, Santiagoullo. Tal pregunta me demuestra que las calumnias de los poderosos

del mundo tienen fuerza bastante para obrar en el ánimo de los oprimidos y de los humildes á quienes solamente la verdad hará libres.

—¿Y debemos seguir á Muntzer?

—Con el alma y la vida.

—¡Melchor!

—Cristo trajo la igualdad religiosa, Lutero la igualdad moral, Muntzer trae la igualdad política.

—Y si le seguimos...

—Caeránse los castillos.

—Esos nidos de los halcones feroces que nos cazan á los plebeyos como avecillas.

—Romperánse los blasones.

—Esos timbres y marcas de nuestra deshonra.

—Concluirá la corvea.

—Ese robo de nuestro personal trabajo.

—Concluirán los malos usos.

—Esos goces inmundos de nuestras mujeres y esa corrupción horrorosa en nuestras familias.

—Pues si así con tal vehemencia sientes la verdad, ¿cómo dudas en defenderla y en seguirla?

—¡Oh!

—Por todas partes las miserables alondras

que anidaban movibles en el terruño, se han salido á ser feroces águilas que aceran sus uñas y atishan sus presas.

—¡Y yo!

—¿Vacilas?

—No me tientes, conociéndome como me conoces.

—¡A la guerra, Santiaguillo!

—Melchor, te pido por piedad que calles.

—¡A la guerra para traer de ella en tu victoria la corona del honor para tu novia!

—Si la vieras...

—¿Vive cerca?

—No, lejos de aquí.

—Vamos á verla.

—¿A estas horas?

—Quien ama, vela.

—Su padre la guarda con tanto cuidado como á la más tierna oveja y á la más crasa ternera.

—Pero podemos rondar.

—Sea en buenhora.

—Y cantarle una serenata.

—Como quieras.

—¿Tienes aún la voz fresca?

—Cual en los tiempos de nuestras mayores jácaras.

—Yo tocaré la cítara.

Esto te probará que ha podido el conde, nuestro tirano, quemarme á su antojo el brazo, pero no ha podido quemarme la voluntad, y con la voluntad aún pulso las cuerdas del sonoro instrumento y saco de sus vibraciones melodiosísimos acentos.

—Pues vamos, Andrés.

—Vamos, Santiaguillo.

—Mas, ¡esto de dejarme sola la posada!

—No importa.

—A ti.

—Los que hayan de venir en semejante noche ya han venido.

—¿Y vamos á ir con tanta lluvia?

—¡Cuando te digo que no estás enamorado!

—Estoy fuera de mí.

—Si lo estuvieras, te daría tanto el agua como el fuego, y no temerías arriesgar ni hacienda ni vida.

—Vamos.

Y los dos mozos se dirigieron juntos, entre las ráfagas del viento y bajo las turbadas de un diluvio en pos de la cabaña donde dormía la novia de Santiaguillo.

—¿Cómo se llama?—le preguntó en el camino Melchor á Santiaguillo.

—Se llama Catalina.

—Nombre de buen agüero.

—¿Por qué?

—Muy claro.

—¿Por qué?

—Porque es el nombre de la mujer de Lutero.

—¿Ves aquella luz?—preguntó Santiaguillo á su amigo Melchor.

—Sí.

—Pues, Catalina, en su amor, la tiene siempre viva para que sea mi estrella y mi guía.

Llegáronse al sitio donde la luz brillaba y tañeron la citara y entonaron dulces amorosas canciones. Catalina dejó su lecho, y á través de reja espesísima, envió al cantor, su amante, y al músico que acompañaba la trova, un suspiro de amor encerrado en verdadero agradecimiento. Sin medir el tiempo, como suelen aquellos que se sienten felices, el enamorado lanzaba una canción tras otra canción, de igual modo que en la callada noche lanza gorjeos el ruiseñor suspenso y arrobado sobre su nido. Andrés acompañaba con todo esmero, á pesar del dolor de su llaga, participando en alguna proporción de la satisfacción de su amigo tan perdidamente enamorado.

Allí estuvieron toda la noche, de no interrumpirles tan amorosa serenata uno de los accidentes propios de tan duro tiempo. Sucedió, pues, que oyéronlos bien pronto los guardas del señor feudal, y se indignaron de que pudiese un plebeyo tañer la cítara y otro plebeyo lanzar la voz sin permiso de quien todo lo podía y ordenaba en aquella región feudal como Dios en el Universo mundo. Acercáronse sigilosamente, y los sorprendieron merced al sigilo, en lo más dulce de la música y lo más exaltado del canto. Si Andrés los llamara para persuadir á Santiaguillo, no vinieran más pronto. El plebeyo pudo persuadirse de que la sombra del feudalismo se tendía sobre su hogar y turbaba sus goces. A los pocos minutos de haber sonado los arpegios de la cítara y las cadencias del cántico, ya estaban metidos en uno de los calabozos feudales, por el enorme crimen de haber dado una serenata sin permiso ni consentimiento del señor.

CAPÍTULO II.

EL CALABOZO.

No eran calabozos los feudales, eran sepulcros. La tiranía de los siglos medios cavó aquellos recintos espantosos para enterrar como muertos á los vivos. No se oía ninguno de los estruendos del mundo, como si hubierais caído en planeta donde reinara un absoluto silencio. El día jamás penetraba á través de sus paredes empotradas en la oscuridad, y de sus piedras enormes como ciclópeas moles. Diríase que los gigantes habían cavado en las entrañas de nuestra tierra madrigueras para sus hijos, ó enterramientos para sus cadáveres; y en vez de poner Pelion sobre Ossa hacia arriba en el camino de las alturas celestes, los habían puesto hacia abajo en el camino de las profundidades infernales. Como ningún ruido,